

SANTA TERESA DE JESÚS.

III

Estimulado con el ejemplo de vuestra santa heroína Teresa de Jesús, pelead como valientes.

(León XIII a los peregrinos españoles).

Sin duda alguna que no podía nuestro amantísimo Padre León XIII, para animar a los españoles, proponer otro ejemplo más admirable que el de nuestra santa heroína Teresa de Jesús. Sólo la condición de mujer, al considerar que siendo la Santa de sexo frágil hizo tales empresas, ¿qué pecho varonil no se alienta? Proponiéndonos el esforzado León XIII a nuestra invencible Paisana por modelo, puede decirnos con toda verdad para animarnos: ¿No podréis vosotros, hijos míos, sacerdotes, letrados, pobres y poderosos del siglo, lo que pudo una mujer? Si os propusiese varones rarísimos por su celo, por su virtud, por su fortaleza, podríais exclamar: ¿Quién sigue a esos gigantes por su fortaleza? Pero a una mujer, enferma, perseguida y pobre, y, sobre mujer, ruin, como ella misma afirma ¿quién podrá excusarse a seguirla? Pues sabed, prosigue León XIII, sabed, hijos míos, que esa mujer, compatriota vuestra, supo concebir para mayor gloria de Dios los más vastos proyectos y traducirlos en obras maravillosas con singular firmeza de carácter y con ánimo esforzado, a pesar de las gravísimas dificultades y de la guerra más encarnizada que le declararon sus enemigos. A ejemplo de esta vuestra Heroína, pues, pelead como valientes.

Hoy viene bien aquí aducir algunos graves testimonios que prueban la verdad con que se llama Heroína a nuestra insigne santa Teresa de Jesús. No podía sufrir nuestra Santa que la llamasen mujer, El verse mujer y con tantas trabas, sin poder predicar ni confesar, ni apenas moverse, la traía en extremo apesadumbra. “Yo no soy nada mujer, exclamaba muchas veces, y tengo rico corazón.” “Me dicen, añadía escribiendo a su hermano Lorenzo, que tengo ánimo más que de mujer, y que estoy obligada a no ser cobarde.” Y a sus hijas en su admirable libro del *Camino de perfección*, c.7, que es como el programa que da esta invencible Heroína a sus huestes para aguerirlas al combate, les dice: “Ternuras no se usan ni se han de usar en esta casa... es muy de mujeres, y no quisiera yo, hijas mías, que lo fuédeses ni lo pareciédes en nada, sino varones fuertes.” Como la Santa nada tenía de mujer, ni parecía ninguno de sus achaques, por eso quería que la imitasen sus hijas, y que fuesen tan varoniles que espantasen a los mismos hombres.

Bien dijo de ella el venerable Palafox, que santa Teresa, aunque fue mujer en la naturaleza, fue un varón esclarecido en el valor, el espíritu, el celo, en la grandeza de corazón, en la fortaleza del ánimo y superioridad, al concebir, al pensar, al resolver, al ejecutar al obrar. Y el sapientísimo Cardenal Aguirre sintetizó todos estos elogios en estas admirables palabras, que de ninguna Santa se han dicho: *Teresia natura homo, sexu, ulier, magnitudine vir*: “Teresa de Jesús fue hombre por su naturaleza, en el sexo mujer, en la magnanimidad varón.” O como dijo otro sabio Provincial de los Dominicos, después de haber tratado con la Madre Teresa de Jesús, a un su amigo: “Me habéis engañado, por que me dijisteis que entraba a hablar con una mujer, y no es sino un hombre, y no es sino un hombre, y de los muy barbados.”

De ahí es que el venerable Rusola vio a la seráfica virgen Teresa en el cielo, no formando coro con las vírgenes, sino con los varones que fundaron Ordenes religiosas, como si quisiera el Señor significarnos en ello Teresa de Jesús más se distingue por su fortaleza y su ánimo varonil que por su virginidad. En esta prerrogativa es sin igual Teresa de Jesús. Los Basilio, Benito, Agustino y cien otros fundadores no fueron tan singulares que no contasen otros de su sexo; sólo Teresa de Jesús es sin igual. Cual nueva Débora juzga y dicta leyes a varones y mujeres. Patriarca y reformadora es la más señalada de cuantas nacieron a este mundo, después de María santísima, Reina de los cielos¹.

Bien, pues, acertó el Papa León XIII en darnos a Teresa de Jesús por nuestro modelo, teniendo en ello tanto que amar, imitar y admirar.

¹ Rodrigo, Jesuita, Serm. de la Santa.

Y por cierto que no tendrán nuestras empresas la contradicción que las de la gran Teresa; pues no sólo los poderosos del siglo y los buenos, sino el infierno todo se rebeló contra ella.

Gracioso es por demás lo que la santa Heroína contó al P. Ribera, al referirle la primera fundación de su Reforma: "Parece, le dijo, que todos los diablillos se habías soltado contra mí," tan grande fue el alboroto y la persecución que en la ciudad de Avila se levantó contra la Santa al tener noticias que se había fundado su monasterio. Pero la Santa decía con gracia: "No temo más a los demonios que a las moscas. Contento su Divina Majestad, nadie será contra nosotras que no lleve las manos a la cabeza." Y así fue. Porque todos los que en un principio combatieron a la Santa hasta juntarse para derribar o deshacer su obra, depuesta su primera animosidad, la favorecieron después, o al menos no le fueron hostiles.

Peleemos como valientes a imitación de nuestra Heroína, que mucho hay que luchar para sostener los intereses de Cristo y el aumento de su Iglesia. Cada unos en su esfera, según las luces y fuerzas que el Señor le dé, trabaje sin tregua ni descanso. Oigamos la voz de nuestro vigilantísimo Padre y Pastor supremo, que en su magnífica Encíclica que a continuación insertamos, señala los orígenes de los males del presente siglo y su remedio, y si no a todos estos males, a lo menos a algunos de ellos opongámonos para tener la gloria de haber batallado como buenos soldados de Cristo.

Sobre todo fijémonos en lo capital que es la ignorancia de la doctrina cristiana, causa primordial de tantos males. Y con la palabra, con el ejemplo, con la pluma, la oración o el buen consejo, hagamos por extirparla del pueblo cristiano. Y entonces reflorcerá la fe y la piedad verdadera, cesarán los vientos, no habrá tempestades de discordia y males sin cuento, y lograremos se cumpla la suprema aspiración del Corazón de Cristo, de que haya un solo rebaño y un solo Pastor.

E. de O.

CARTA ENCÍCLICA

DE NUESTRO SANTÍSIMO PADRE LEÓN XIII

A LOS PATRIARCAS, PRIMADOS, ARZOBISPOS Y OBISPOS DEL ORBE CATÓLICO
EN GRACIA Y COMUNIÓN CON LA SILLA APOSTÓLICA.

Venerables Hermanos: Salud y bendición apostólica.

Como lo exigía de Nos la razón de nuestro cargo apostólico, ya desde el principio de nuestro pontificado no omitimos, venerables Hermanos, él indicaros, por Carta encíclica a vosotros dirigida, la moral pestilencia que se infiltra por los miembros íntimos de la sociedad humana y la conduce a un extremo peligroso: al mismo tiempo hemos mostrado también los remedios más eficaces para que pudiera recobrar la salud y evadir los gravísimos peligros que la amenaza. Pero aquellos males que entonces hemos deplorado, han crecido hasta tal punto en tan breve tiempo, que otra vez nos vemos obligados a dirigirlos la palabra, como si resonasen en nuestros oídos las del Profeta: *Clama, no ceses; levanta como una trompeta tu voz.*

Sin dificultad alguna conocéis, venerables Hermanos, que Nos hablamos de aquella secta de hombres que con diversos y casi bárbaros nombres se llaman *socialistas, comunistas o nihilistas*, y que, esparcidos por todo el orbe, y estrechamente coligado entre sí por inicua federación, ya no buscan su defensa en las tinieblas de sus ocultas reuniones, sino que, saliendo a pública luz, confiados y a cara descubierta, se empeñan en llevar a cabo el plan, que ya ha tiempo concibieron, de trastornar los fundamentos de toda sociedad civil. Estos son ciertamente los que, según atestiguan las divinas páginas, *mancillan su carne, desprecian la dominación y blasfeman de la majestad.*

Nada dejan intacto o integro de lo que por las leyes humanas y divinas está sabiamente determinado para la seguridad y decoro de la vida. Ellos niegan la obediencia a los poderes superiores, que reciben de Dios el derecho del mando y a los cuales, según amonesta el Apóstol, conviene que toda alma esté sujeta; predicán la perfecta igualdad de todos los hombres en los derechos y en las jerarquías; deshonran la unión natural del hombre y de la mujer, que aún las naciones bárbaras respetan, y debilitan y hasta entregan a la liviandad este vínculo, con el cual se mantiene principalmente la sociedad doméstica.

Atraídos, finalmente, por la codicia de los bienes presentes, que es *la raíz de todos los males*, y *apeteciendo la cual muchos abandonaron la fe*, impugnan el derecho de propiedad sancionado por la ley natural; y con maldad execrable, cuando parece que atienden a las necesidades de todos los hombres y a satisfacer sus deseos, trabajan por arrebatarse y hacer común cuanto se ha adquirido a título de legítima herencia, o con el trabajo del ingenio o de las manos, o con la sobriedad de la vida.

Y estas monstruosas opiniones publican en sus círculos, persuaden en sus folletos y esparcen al público en una nube de periódicos. Por lo cual la venerada majestad e imperio de los reyes ha llegado a ser objeto de tan grande odio de la plebe sediciosa, que perversos traidores, impacientes de todo freno, no una sola vez, en breve tiempo han vuelto sus armas con impío atrevimiento contra los mismos príncipes.

Mas esa osadía de tan pérfidos hombres, que amenaza de día en día con más graves ruinas a la sociedad civil, y que tiene todos los ánimos en congojoso temblor, trae su causa y origen de las venenosas doctrinas que, difundidas entre los pueblos como viciosas semillas en épocas anteriores, han dado a su tiempo tan pestilenciales frutos.

Pues bien sabéis, venerables Hermanos, que la cruzada guerra que se movió a la Iglesia católica ya desde el siglo XVI por los novadores, y que se ha aumentado en sumo grado de día en día hasta el presente, tiende a que desechada toda revelación y todo orden sobrenatural, se abra la puerta a los inventos o más bien delirios de la razón humana abandonada a sus fuerzas. Semejante error, que malamente toma su nombre de la misma razón, impeliendo y excitando los apetitos de sobresalir, naturalmente infundido en el hombre, soltando las riendas a los apetitos de todo género, por su propio peso se ha introducido, no sólo en la mente de muchos hombres, sino también en la sociedad civil.

De aquí que con una nueva impiedad, desconocida hasta de los mismos gentiles, se han constituido los Estados sin tener cuenta alguna con Dios ni con el orden por Él establecido: se ha vociferado que la autoridad pública no toma el principio, ni la majestad, ni la fuerza del mando de Dios, sino más bien de la muchedumbre popular, que juzgándose libre de toda sanción divina, sólo ha permitido someterse a aquellas leyes que ella misma se diese a su antojo. Impugnadas y desechadas las verdades sobrenaturales de la fe como enemigas de la razón, el mismo Autor y Redentor del género humano es fuerza que sea desterrado paso a paso y poco a poco de las Universidades, Liceos y Gimnasios, y de todo el trato público de la vida humana.

Entregados al olvido los premios y penas de la vida futura y eterna, el ansia ardiente de felicidad queda concretada al tiempo de la vida presente. Diseminadas por todas partes estas doctrinas, introducidas en todas partes estas tan grande licencia de pensar y obrar, no es maravilla que la gente de la ínfima clase, cansada de su pobrecita casa u oficina, codicie las moradas y las fortunas de los más ricos; no es maravilla que ya no exista tranquilidad alguna en la vida pública ni en la privada, y que ya el mundo haya llegado casi a su completa ruina.

Mas, en tanto, los Pastores de la Iglesia, a quienes compete el cargo de resguardar la grey del Señor de las asechanzas de los enemigos, procuraron apartar con tiempo y provecho a la salud de los fieles. Pues en cuanto empezaron a formarse las sociedades clandestinas, en cuyo seno se fomentaban ya entonces las semillas de los errores que hemos mencionado, los romanos pontífices Clemente XII y Benedicto XIV no omitieron el descubrir los impíos proyectos de estas sectas y avisar a los fieles de todo el orbe la suma de males que oculta-mente se tramaba.

Y cuando después aquellos que se gloriaban con el nombre de filósofos atribuyeron al hombre cierta desenfrenada libertad, y se empezó a formar y sancionar un derecho nuevo, como dicen, contra la ley natural y divina, el papa Pío VI, de feliz memoria, mostró al punto la perversa índole y falsedad de aquellas doctrinas en público documentos, y al propio tiempo anunció, con previsión apostólica, las catástrofes a que el pueblo miserablemente engañado iba a ser conducido. Mas sin embargo de esto, no habiéndole precavido por ningún medio eficaz que tan depravados dogmas se persuadiesen a los pueblos de día en día, y no se convirtiesen en axiomas públicos de los reinos, Pío VII y León XIII condenaron con anatema las sectas ocultas, y amonestaron otra vez a la sociedad del peligro que por ellas le amenazaba.

A todos, finalmente, es manifiesto con cuán graves palabras y cuánta firmeza y constancia de ánimo nuestro glorioso predecesor Pío IX, de feliz memoria, ha combatido, ya en Alocuciones, ya en Encíclicas dadas a los Obispos de todo el orbe, contra los inicuos intentos de las sectas, y señaladamente contra la peste del socialismo, proveniente de las mismas.

De sentir es que aquellos a quienes está encomendado el cuidado del bien común, rodeados de las astucias de hombres malvados, y atemorizados por sus amenazas, hayan

mirado siempre a la Iglesia con ánimo suspicaz y aún torcido, no comprendiendo que los conatos de las sectas serían vanos si la doctrina de la Iglesia católica y la autoridad de los Romanos Pontífices hubiese permanecido siempre en el debido honor, tanto entre los príncipes como entre los pueblos. Porque la Iglesia de Dios vivo, que es columna y fundamento de la verdad, enseña aquellas doctrinas y preceptos con que se atiende perfectamente a la incolumidad y quietud de la sociedad, y se arranca de raíz la planta siniestra del socialismo.

Porque aunque los socialistas, abusando del mismo Evangelio para engañar más fácilmente a los pocos cautos, acostumbran acomodarlo violentamente a sus ideas, sin embargo, hay tan gran diferencia entre sus perversos dogmas y la purísima doctrina de Cristo, que no puede ser mayor. Porque *¿qué participación puede haber de la justicia con la Iniquidad, o qué consorcio de la luz con las tinieblas?* Ellos seguramente no cesan de vociferar, como hemos insinuado, que todos los hombres son entre sí por naturaleza iguales, y por lo tanto sostienen que ni se debe el honor y reverencia a la majestad, ni obediencia a las leyes, a no ser acaso las sancionadas por ellos a su arbitrio.

Por el contrario, según las enseñanzas evangélicas, la igualdad de los hombres consiste en que todos, habiéndoles cabido en suerte la misma naturaleza, son llamados a la misma altísima dignidad de hijos de Dios; y al mismo tiempo en que decretado para todos un mismo fin, cada uno ha de ser juzgado según la misma ley para conseguir, conforme a sus méritos, o el castigo o la recompensa. Mas la dignidad de derecho y de potestad dimana del mismo Autor de la naturaleza, *de quien toma nombre toda paternidad en los cielos y en la tierra.*

Pero los lazos de los principios y los súbditos de tal manera se estrechan con sus mutuas obligaciones y derechos, según la doctrina y preceptos católicos, que templan la ambición de mandar por un lado, y por otro la razón de obedecer se hace fácil, firme y nobilísima.

Y ciertamente la Iglesia inculca sin cesar a la muchedumbre de los súbditos este precepto del Apóstol: *No hay potestad sino de Dios, y las que hay, de Dios vienen ordenadas; así que quien resiste a la potestad, resiste a la ordenación de Dios; y los que resisten, ellos mismos se atraen la condenación.* Y en otra parte nos manda estar sujetos necesariamente, no sólo por temor del castigo, sino también por deber de conciencia, y que paguemos a todos lo que es debido; a quien tributo, tributo; a quien alcabala, alcabala; a quien temor, temor; a quien honor, honor. Porque, a la verdad, el que creó y gobierna todas las cosas dispuso, con su pródiga sabiduría, que las ínfimas lleguen por las medidas por las superiores a sus fines respectivos.

Así, pues, como en el mismo reino de los cielos que los coros de los Ángeles fuese distinto y unos sometidos a otros; así como también en la Iglesia instituyó varios grados de órdenes y diversidad de oficios, para que no todos fuesen Apóstoles, no todos Doctores, no todos Pastores, así también determinó que en la sociedad civil hubiese varios órdenes, diversos en dignidad, derecho y potestad; de suerte que la sociedad civil, así como la Iglesia, formase un solo cuerpo, compuesto de muchos miembros, unos más nobles que otros, pero todos necesarios entre sí y solícitos del bien común.

Empero, para que los gobernantes de los pueblos usasen de la potestad que les fue concedida para edificación y no para destrucción, la Iglesia de Cristo oportunamente amonesta también a los príncipes con la severidad del supremo juicio que les aguarda; y tomando las palabras de la divina Sabiduría, en nombre de Dios clama a todos:

Prestad oídos, vosotros que enfrenáis las muchedumbres y os complacéis en tener subyugadas las naciones, que de Dios os ha sido dada a vosotros la potestad y del Altísimo todo poder, el cual os hará cargo por vuestras obras y escudriñará vuestros pensamientos. Porque juicios durísimo se hará con aquellos que mandan; pues no exceptuará Dios la persona de ninguno, ni respetará la grandeza de nadie; porque Él ha hecho el pequeño y el grande, e igualmente tiene cuidado de todos. Pero a los más fuertes les amenaza más fuerte castigo.

Mas si alguna vez sucede que los príncipes ejercen su potestad temerariamente y fuera de sus límites, la doctrina de la Iglesia católica no concierte insurreccionarse por su propio arbitrio contra ellos, no sea que la tranquilidad del orden sea más y más perturbada, o que la sociedad reciba de ahí mayor detrimento; y si la cosa llegase al punto de no vislumbrarse otra esperanza de salud, enseña que el remedio se ha de acelerar con los méritos de la cristiana paciencia y las fervientes súplicas a Dios.

Pero si los mandatos de los legisladores y príncipes sancionasen o mandasen algo que contradiga a la ley divina o natural, la dignidad y obligación del hombre cristiano, y el sentir del Apóstol, aconsejan *que se ha de obedecer a Dios antes que a los hombres.*

La virtud saludable de la Iglesia, que redundaba en el régimen más ordenado y en la conservación de la sociedad civil, la siente y experimenta necesariamente también la misma sociedad doméstica, que es el principio de toda sociedad y de todo reino. Porque sabéis, venerables Hermanos, que la recta forma de esta sociedad, según la misma necesidad del derecho natural, se apoya primeramente en la unión indisoluble del varón y de la mujer, y se complementa en las obligaciones y mutuos derechos entre padres e hijos, amos y criados. Sabéis también que por los principios del socialismo esta sociedad casi se disuelve, puesto que, perdida la firmeza que obtiene del matrimonio religioso, es preciso que se relaje la potestad del padre hacia la prole, y los deberes de la prole para con el padre.

Por el contrario, el *por todos títulos honroso consorcio* que en el principio del mundo instituyó el mismo Dios para propagar y conservar la especie humana, y decretó fuese inseparable, enseña la Iglesia que resultó más firme y más sagrado por medio de Cristo, que le confirió la dignidad de Sacramento, y quiso que representase su unión con la Iglesia.

Por lo cual, según advertencia del Apóstol, como Cristo es Cabeza de Iglesia, así el varón es cabeza de la mujer; y como la Iglesia está sujeta a Cristo, que la estrecha con castísimo y perpetuo amor, así enseña que las mujeres estén sujetas a sus maridos, y que éstos a su vez las deben amar con afecto fiel y constante.

De la misma manera la Iglesia establece el orden de la potestad de los padres y de los señores, de modo que sin extralimitarse sirva a contener a los hijos y los criados en su deber. Porque, según las enseñanzas católicas, de la autoridad del Padre y Señor celestial dimana la de los padres y los amos; y la de estos, por lo mismo, toma de aquella, no sólo el origen y la fuerza, sino también su naturaleza y su índole. De aquí que el Apóstol exhorte a los hijos a *obedecer a sus padres en el Señor, y honrar al padre y a la madre, que es el primer mandamiento con promesa*. Y a los padres les manda: *También vosotros, padres, no queréis provocar a ira a vuestros hijos, sino educarlos en la ciencia y temor del Señor*.

También a los siervos y señores se les propone, por medio del mismo Apóstol, el precepto divino de que aquellos *obedezcan a sus señores carnales como a Cristo, sirviéndoles con buena voluntad como a Dios; y a estos, que depongan las amenazas, sabiendo que el Señor de todos está en los cielos y que no hay acepción de personas para con Dios*.

Todas las cuales cosas, si se guardasen cuidadosamente, según el beneplácito de la voluntad divina, por todos aquellos a quienes tocan, seguramente cada familia representaría la imagen del cielo, y los beneficios que de aquí se seguirían no estarían encerrados entre las paredes domésticas, sino que trascenderían abundantísimamente a los mismos Estados.

La sabia doctrina católica, apoyada sobre los preceptos de la ley divina y natural, provee a la tranquilidad pública y doméstica por las doctrinas que profesan y enseñan respeto al derecho de propiedad y a la división de los bienes necesarios o útiles en la vida. Porque mientras los socialistas, presentando el derecho de propiedad como invención humana contraria a la igualdad natural entre los hombres, y afectando la comunidad de bienes, declaran que no puede conllevarse con paciencia la pobreza y que impunemente se puede violar la posesión y derechos de los ricos, la Iglesia reconoce, mucho más sabiamente, que la desigualdad existente entre los hombres, naturalmente desemejante por las fuerzas del cuerpo y del espíritu, y que esa desigualdad existe hasta en la posesión de los bienes.

Ordena, además que el derecho de propiedad y de dominio, procedente de la naturaleza misma, se mantenga intacta o inviolado en las manos de quien lo posee, porque sabe que el robo y la rapiña han sido condenados en la ley natural por Dios, autor y guardián de todo derecho; hasta tal punto, que no es lícito ni aún desear los bienes ajenos, y que los ladrones, lo mismo que los adúlteros y los adoradores de los ídolos, están excluidos del reino de los cielos. No por eso, sin embargo, olvida el cuidado de los pobres, ni a fuer de madre piadosa se desentiende de sus necesidades, sino que, por el contrario, los estrecha en su seno con maternal afecto, y teniendo en cuenta que representan la persona de Cristo, el cual recibe como hecho a sí mismo los beneficios dispensados al último de los pobres, los honra grandemente, y de todas las maneras posibles los sustenta: se emplea con toda solicitud en levantar por todas partes casas y hospicios, donde son recogidos, alimentados y cuidados, tomándolos bajo su tutela.

Además, prescribe a los ricos que den de lo superfluo a los pobres y les amenaza con el juicio divino, en el que serán condenados a eterno suplicio si no alivian las necesidades de los indigentes. En fin, eleva y consuela grandemente el espíritu de los pobres, ora proponiéndoles el ejemplo de Jesucristo, que, *siendo rico, quiso hacerse pobre por nosotros*, ora recordándoles las palabras con que les declaró bienaventurados, prometiéndoles la eterna felicidad.

¿Quién no ve que este sea el mejor medio de arreglar el antiguo conflicto surgido entre los pobres y los ricos? Porque, como lo demuestra la evidencia de las cosas y de los hechos, si este medio es desconocido o relegado, sucede forzosamente, o que se reduce a la mayor parte del género humano a la vil condición de siervo, como en otro tiempo sucedió entre los paganos, o la humana sociedad se ve envuelta en agitaciones continuas y devorada por el brigandaje, como hemos podido comprobarlo por desgracia en estos últimos tiempos.

Por lo cual, venerables Hermanos, Nos, a quien actualmente está confiado el gobierno de toda la Iglesia, así como desde el principio de nuestro Pontificado mostrarnos a los pueblos y a los príncipes, combatidos por fiera tempestad, el puerto donde con seguridad pueden refugiarse; ahora, conmovidos por el extremo peligro que les amenaza, de nuevo les dirigimos la apostólica voz, y en nombre de su propia salvación y la de la cosa pública, les rogamos con las mayores instancias que acojan y escuchen el magisterio de la Iglesia, a la que se debe la pública prosperidad de las naciones, y se persuadan de que los intereses de la Religión y los del Estado se hallan tan estrechamente unidos, que cuando pierde aquella, otro tanto se disminuye el respeto de los súbditos a la majestad del mando. Y cuando hayan reconocido que la Iglesia de Cristo posee más medios para combatir la peste del socialismo que todas las leyes humanas, las órdenes de los magistrados y las armas de los ejércitos, devuelvan a la Iglesia su libertad, para que pueda eficazmente desplegar su benéfico influjo en favor de la sociedad humana.

Y vosotros, venerables Hermanos, que conocéis bien el origen y la naturaleza de tan inminente desventura, aplicad todas vuestras fuerzas para que la doctrina católica llegue al ánimo de todos y profundamente se arraiga en ellos.

Procurad que desde la misma infancia se habitúen a amar a Dios con filial ternura, reverenciando a su majestad; que presten obediencia a la autoridad de los príncipes y de las leyes; que refrenen la concupiscencia y guarden solícitamente el orden establecido por Dios en la sociedad civil y doméstica.

Poned además sumo cuidado en que los hijos de la Iglesia católica no den su nombre ni favorezcan en modo alguno a la detestable secta; antes bien con egregias acciones y con su proceder honrado en todo hagan sentir cuán próspera y feliz sería la sociedad si en todas sus clases resplandecieran las obras virtuosas y santas.

Por último, como los secuaces del socialismo se reclutan principalmente entre las clases industriales y obreras, las cuales, cobrando horror al trabajo, se dejan fácilmente arrastrar por el cebo de la esperanza y de las promesas de los bienes ajenos, es oportuno favorecer las asociaciones de obreros y artesanos que, colocados bajo la tutela de la Religión, se habitúen a contentarse con su suerte, a soportar meritoriamente el trabajo, y a llevar siempre una vida apacible y tranquila.

Dios piadoso, a quien debemos referir el principio y fin de toda santa empresa, favorezca nuestros intentos y los vuestros, venerables Hermanos. Por otra parte, la misma solemnidad de estos días, en los que se celebra el nacimiento del Señor, nos eleva a la esperanza de oportunísimo auxilio, porque nos hacer esperar a nosotros también aquella saludable restauración que trajo al nacer para el mundo corrompido y casi conducido al abismo por todos los males, y nos promete aquella paz que entonces, por medio de los Ángeles, hizo anunciar a los hombres, puesto que *la mano de Dios no se ha encogido para no poder salvarnos, ni su oído se ha cerrado para no escucharnos.*

Por tanto, en estos faustísimos días, deseándoos a vosotros, venerables Hermanos, y a los fieles de vuestra iglesia toda clase de prosperidades, rogamos con instancia al Dador de todo bien, que de nuevo *aparezcan los hombres la bondad y la humanidad de Dios nuestro Salvador*, que, sacándonos de la potestad de nuestro implacable enemigo, nos levantó a la nobilísima dignidad de hijos suyos.

Y a fin de que más rápida y más completamente consigamos nuestro deseo, elevad vosotros también, venerables Hermanos, con Nos fervorosas preces al Señor, e interponer para con Él el patrocinio de la bienaventurada Virgen María, Inmaculada desde su origen, de su esposo san José y de los bienaventurados apóstoles Pedro y Pablo; en cuya intercesión Nos ponemos la mayor confianza. En tanto, como augurio de la divina gracia, como todo el afecto del corazón, a vosotros, venerables Hermanos, a vuestro clero y a todo el pueblo fiel, concédenos en el Señor lo apostólica bendición.

Dado en Roma, en San Pedro, a 28 de Diciembre de 1878, año primero de nuestro Pontificado.

DESDE LA SOLEDAD.

¡Oh mi padre, que hay pocos amigos
en tiempo de eternidad!

(Santa Teresa de Jesús).

Así exclamaba nuestra seráfica Madre Y Doctora aleccionada por la experiencia. Así habremos exclamado más de una vez al vernos burlados en nuestras esperanzas. ¡Oh! ¡que hay pocos amigos en tiempo de necesidad! Esto sucede siempre que hay intereses encontrados. Como la mayor parte de los amigos no son amigos nuestros, sino de nuestras cosas, de ahí es que cuando veis que esas cosas faltan, faltan también su amor. Mas si este amor se funda en lo que valemos delante de Dios, o es amor espiritual, como esta base siempre dura y no se muda, también siempre dura y no se muda el amor.

Los beneficios que nunca o rara vez olvidamos son los espirituales. Siempre recordamos con reconocimiento las personas que nos guiaron en nuestra infancia, nos instruyen, nos enseñaron a amar y temer a Dios, a ser hombres y a ser cristianos. Y aunque en un momento de delirio o frenesí nos olvidamos, luego que vuelve la calma nos es grata su memoria, y a veces nos salva de mil peligros, nos arranca del vicio, nos libra de la desesperación.

La santa Madre, que tanta necesidades experimentaba, podía mejor que nadie conocer a los verdaderos amigos. La adversidad es la piedra de toque.

La Santa de nuestro corazón en todas partes hacia amigos, en especial cuando veía alguien de excelentes condiciones. Íbase al Señor e importunábale, y no cesaba hasta lograr que la tal persona fuese amiga suya y de su Jesús. Y estas almas agradecidas eran las que mejor ayudaban a la Santa en tiempo de necesidad.

¡Feliz el que mora en apacible soledad y no tiene que experimentar los contratiempos del mundo! El mundo llama amigos las más de las veces a los que quiere devorar. La amistad mundana es como la que pretende el lobo al hacerse amigo de la oveja: intenta devorarla, y quiere, para mejor seducirla, y con mayor seguridad, llamarla con el dulce nombre de amigo.

¡Malhaya esta amistad, que no tiene de tal más que el nombre! Los que de veras se aman, dice la santa Madre, todo lo bueno alaban y todo lo bueno loan, con los buenos se juntan, y gustan de hacerse espaldas los unos a los otros por ganarlos a todos para Cristo Jesús, su principal amigo.

En estos días de escándalo y de pecado, en estos días de Carnaval se cumplirá el dicho de la Santa. Al ver como aun las personas buenas y devotas se olvidan en estos días muchas de ellas de lo que deben a Dios y a su dignidad cristiana; al ver, repito, como toda la multitud en dichos días siguen a Satanás, la Santa desde el cielo repetirá en su quejido: "¡Oh mi Padre! ¡que hay pocos amigos en tiempo de necesidad!"

Al menos sean de estos pocos los devotos de la Santa. No aumenten entregándose a esas diversiones gentílicas el disgusto de Jesús y su Teresa. No se halle ni uno solo de nosotros entre los enemigos del nombre y dignidad de cristiano; antes, al contrario, consagremos estos días a la oración, recogimiento, mortificación y desagravio. Suplamos con nuestro amor ardiente el desamor de los hombres, con nuestra fidelidad sus infidelidades, con nuestra modestia su disipación, con nuestros desagravios sus agravios.

Así seremos dignos amantes de Teresa, y si perseveramos además en la oración os promete el cielo en nombre de su amada Madre Teresa de Jesús.

El Solitario.

SANTO TOMAS DE AQUINO Y SANTA TERESA DE JESUS.

I.

Hicimos en el pasado mes un parangón entre santa Teresa de Jesús y san Francisco de Sales, haciendo notar, aunque brevemente, como eran en doctrina y uniformidad de sentimientos dos Santos que se explicaban el uno por el otro. Dejando para mejor ocasión continuar este paralelo, hoy queremos indicar algunas semejanzas muy fundadas que hay entre el doctor angélico santo Tomas de Aquino, cuya fiesta celebra la Iglesia el día 7 del próximo mes, y la seráfica y mística Doctora santa Teresa de Jesús.

No han faltado sapientísimos varones que han llamado a santo Tomás de Aquino alma de santa Teresa de Jesús, por ser tan una e idéntica la doctrina de ambos. Educada Teresa de Jesús por los Padres Dominicos Báñez e Ibáñez y tantos otros varones sapientísimos que conocían a fondo la doctrina del santo Doctor, mucho habían de contribuir a infundirle su sabiduría e ilustrar su alma con las luces de este fulgentísimo sol.

La Iglesia afirma de santo Tomás que tuvo gracia singular para explicar con claridad las cosas más difíciles, mereciendo por esto el dictado glorioso de Doctor Angélico; y la sagrada Rota afirma con idénticas palabras que Teresa de Jesús merece apellidarse Doctora mística porque explica con método y claridad suma lo que los santos Padres explicaron con oscuridad y sin método.

La Iglesia pide que los fieles sean alimentados con el pábulo de la celestial doctrina de Teresa de Jesús; y la misma Iglesia pide lo mismo por intercesión del Doctor Angélico, como hace notar el sapientísimo Gonet.

La doctrina de Teresa es la doctrina de santo Tomás, así como la doctrina de santo Tomás es la doctrina de santa Teresa; sobre la materias más delicadas de gracia, mérito y justificación defendiéronse célebres conclusiones en la universidad de Duay en Flandes por el Padre celeberrimo Bruneau, dominico, en las que se prueban 48 proposiciones nada menos con testimonios de san Agustín, santo Tomás y santa Teresa de Jesús. Este paralelo lo encontramos hecho por un sabio hijo de la Santa.

“El Preceptor angélico, dice, no hallaba en todo el orbe coadjutor semejante a sí, y por esto el Señor le dio en santa Teresa de Jesús una coadjutora semejante en la santidad, semejante en la pureza y semejante en la doctrina. Esta soberana criatura en la dignidad es Madre, en la pureza Virgen, mujer en el sexo, en la luz Estrella, forma de las Vírgenes, Nutriz y Maestra, Serafín en el ardor, en el esplendor Querubín, llama de los corazones, luz de los entendimientos. Ésta es, pues, la Coadjutora semejante a Tomás. Ésta también la que con título más merecido que nuestra madre Eva debe llamarse con el renombre de Virago, por cuanto fue sacada de un Varón Angélico. Teresa, en fin, mirando hacia Tomás vocea y dice: “Mi Amado es para mí, y yo para mi Amado.”

“Pues digna eres, concluye el doctísimo P. Ferré², oh angélica Maestra, de que en mutuas luces gocés los desposorios de Tomás. Júntese, pues, el Doctor a la Doctora, la Maestra al Maestro, el Ángel se enlace con la Virgen Seráfica, y la Virgen con el Varón Angélico, para que adornados de un mismo espíritu sean dos sujetos en una luz, a quienes por divina inspiración enlaza en verdad un espíritu mismo. Son, pues, dos luminosos faros que mutuamente se amparan: dos refulgentes antorchas que produjo la divina mano para que sirvan de norte a los hombres con asombro del mundo, e iluminen los ámbitos terrestres, unidos a las luces del firmamento del cielo; pues uno y otro como flores hermosas que matiza la Iglesia del Señor, inunda al orbe de fragancias, y ambos cual sol luciente aumentan el cielo de esplendentes luces. Ambos exhalan las fragancias de la virginidad, y en uno y en otro se depositan los rayos de la sabiduría. Luego junto es que se adunen Tomás y Teresa en casto y hermoso maridaje y desposorios de sol y rosa; y así no pretenda osada mano desunir a los que enlaza Dios.” – C.

LEYENDA TERESIANA

Lucila y Amelia.

Vosotros, corazones jóvenes y apasionados, almas soñadoras y tiernas que en peregrinos relatos soléis ir a buscar el pasto que os es más dulce y sabroso, porque en aquellas páginas ligeras no acertáis a descubrir sino vuestros propios aéreos sueños y vuestros deseos sin nombre; escuchad.

Ni me neguéis tampoco vuestra atención, yo os lo suplico, tímidas y pudorosas almas, corazones sencillos y virginales que, guarecidos en apacible y deleitosa sombra, exhaláis en silencio suavísimos y misteriosos perfumes que recogen y atesoran los Ángeles del cielo.

Escuchad, si os place, la peregrina leyenda de dos hermanas, de dos corazones tan interesantes y bellos que estoy seguro sabrán merecer vuestra amistad y confianza, al Franquearos por conducto mío los escondidos senos de su corazón.

² In Delita., tom. 3 in I part. D. Thom

Que me perdonen Lucía y Amelia si al fin, después de vencer mil escrúpulos, me decido a revelar a las que merecen ser amigas tuyas los secretos, no sabidos hasta ahora, de sus almas.

I.

Era una hermosa noche de Febrero, una de esas noches de luna tan llenas de encanto y de misterio.

Era una de esas noches tan amadas de los corazones adolescentes porque en ellas se nutre de sueños tan vagos y caprichosos como serlo parecen los objetos envueltos en los mágicos rayos de la luna.

Era, en fin una de esas noches que ama también el alma religiosa, porque en ellas descubre escondida belleza de un orden superior que la arroban en extático recogimiento.

Los lejanos montes, la dilatada vega, los viejos y pardos muros que dominan y defienden una antigua ciudad, el apiñado caserío, las aguas de un ancho y caudaloso río, todo parecía nadar en una especie de vaporoso y plateado fluido, al ser encantado todo por los prestigios de esa hada benéfica que parece presidir los destinos de la noche.

Los rayos más puros y aquilatados parecían ir a besar amorosamente las sosegadas ondas del Ebro, sobre cuya tersa superficie se reflejaban en fantásticos rieles como si titilasen de inocente placer.

Dibujado a una luz pálida y con medias tintas, ¡qué hermoso era este cuadro para quien sabe contemplarlas sabían Lucila y Amelia, que, apoyadas en el hierro de su balcón, que daba al río, e impresionadas por este espectáculo, platicaban de esta suerte:

- ¿No es verdad que es muy hermoso todo esto? Decía Amelia a su hermana. Mira, hermana, las dudosas claridades de la luna, las sombras transparentes como velos de encaje, lo armoniosos sonos que nos trae desde la vega la callada brisa y que semejan ruidos de vestidos de seda; el blando murmullo de esas olas que acarician los sentidos como los compases de un vals; este armonioso silencio, este misterio dulce y embriagador: ¿no es verdad que todo esto habla al alma, hermana mía?

- ¡Oh, sí! contestó Lucila. Todo esto habla al alma: tienes razón, Amelia. Pero habla solamente al alma feliz; y venturosa sabe comprender este sublime y escondido lenguaje. Pero mucho me temo que todo esto no hable sino a tu imaginación y a tus sentidos. Misterios de una dulzura inefable descubre en el fondo de todas estas cosas el alma interior y recogida; pero misterios de un amor purísimo, eterno e infinito que se complace en ser adivinado y comprendido tras estos velos; misterios de una ternura inagotable, que jamás cansa y por delicada manera recrea siempre, como sólo puede recrear la ternura que se desprende del corazón de todo un Dios.

- ¡Siempre lo mismo! repuso cariñosamente Amelia. Te elevas tanto, hermana mía, con esas tus místicas aspiraciones y devotas fantasías, que no dudo confesarte que llego a perderte de vista, ni comprenderte puedo cuando me hablas con ese extraño idioma.

- Y yo no quisiera engañarme, hermana querida, dijo Lucila, al creer que te abates demasiado con tus sueños quiméricos y vanos, asegurándote que lastima no poco mi alma el pensamiento de que tu corazón, tan bueno por otra parte, se deja llevar demasiado por el viento de la vanidad, que a tantas jóvenes lleva al retortero en estos tiempos, sobre todo en esta temporada.

- ¡Jesús, Lucila! agregó Amelia. ¿Hago por ventura mucho mal al permitirme estos divertimentos tan propios de nuestra edad y tan naturales en estos días? Mira, no te enojas conmigo, Lucila, que yo te prometo darte en todo gusto el próximo día de Ceniza.

- ¿Y por qué, Amelia, no quieres darme ahora ese gusto, y sí sólo el día de Ceniza? ¡Ah! cuando vaciamos nuestro corazón del divino perfume de la gracia de Dios, y lo llenamos solamente de vanidad y miseria; cuando tengamos la imaginación cargada de imágenes que turban la paz de la conciencia; cuando la memoria tenga que luchar con recuerdos que entristecen a nuestro Ángel bueno, entonces, Amelia, ¿crees tú que es tiempo a propósito para volver a los brazos de Dios? ¿Sabemos si entonces nos querrá recibir?

- Pero ya ves, Lucila, que el Carnaval sólo viene una vez al año. Y cuando pasa, ¿no podremos tomar parte en sus alegres diversiones?

- ¡Ah! cuando pasa, has dicho; pero cuando pasan sus locuras y sus máscaras y sus bailes, sólo una cosa no pasa, hermana mía, y son los remordimientos que dejan en la conciencia, y el dejo amargo que suelen tener las locuras del Carnaval.

- ¡Pero, Lucila! Te has propuesto entristecerme en esta noche. Ya sabes que se lo he prometido a mis primos. Vendrán a buscarme. Yo no puedo volver atrás. Mira, Lucila; ya me

vendré cuanto antes... ¿Oyes? Es la orquesta que invita al baile. ¡Qué ecos tan dulces! ¿Qué suaves armonías! Parece que sus resonancias sean repetidas por las ondas del Ebro y por las brisas de la vega. A una le palpita el corazón sin quererlo. ¡Y aún no han venido mis primos!

- ¡Pobre hermana mía! (exclamó para sí Lucila; y luego alzando la voz, le dijo): Marcha, sí, marcha, pues tanto lo deseas, a donde no puedo acompañarte tu hermana, por grande y tierno que sea el cariño que te profesa, Pero, mira, Amelia: no te olvides de nuestra mamá (que esté en Gloria):

En esto, llamaron a la puerta. Eran dos jóvenes de elegante porte, primos hermanos de las dos hermanas. Con ellos fuese sin tardanza Amelia, no sin besar antes en la mejilla a su hermana Lucila.

II.

Si conocieseis a Lucila, dirías con más elocuencia que lo digo yo, que su alma es de las más delicadas y bellas, encerrada en la cárcel de un cuerpo no menos bello, digno de tan hermosa prisionera.

Aunque a ella no le importe gran cosa el parecerlo, ni menos ostentarlo, el mundo dice que es hermosa por los rubios rizos que coronan su límpida frente, por su tez blanquísima, por la angelical expresión de su rostro, por sus azules y serenos ojos.

Pero yo creo que lo que avalora sus gracias, lo que, aun para el mismo mundo, aumenta sus hechizos e idealiza su hermosura, es el encanto de su modestia, es el velo de su pureza, es finalmente la atmósfera de virginidad que la circunda y envuelve por todas partes.

Como no podía menos de suceder, las miradas de muchos jóvenes se han fijado, aunque inútilmente, en ella, y no pocos pensamientos atrevidos, que osaron subir hasta la sublime región que ella ocupa, no han tardado en reconocer su yerro, confesando los que a tanta gloria aspiraban, que Lucila no había nacido para los hombres.

Sola, aunque bien acompañada de Dios y de sus Ángeles, ha quedado en casa Lucila, mientras su hermana, dejándose llevar del hervor de su juventud y no sabiendo resistir a las seducciones del mundo, dirigía sus pasos a un baile de máscaras.

Un sentimiento de compasión por su aturdida hermana ha brotado en el corazón de Lucila.

“¡Pobrecilla! Pensaba. Corre desalada en pos de la felicidad y ventura, buscándola lejos de sí misma, cuando tan cerca de sí la tiene. ¡Dios! Haced que siempre yo la busque y la encuentre como ahora en el seno de mi corazón.

“¿Podrá el de mi hermana sentirse tan alegre y dichosa allá entre las máscaras del Carnaval, como se sentirá el mío aquí en mi habitación y en la presencia de Dios?”

Y entrando en su cuarto, amueblado no con lujo, pero sí con gusto exquisito y con un aseo y pulcritud incomparables, se sentó delante de un piano.

Pedía sobre él, estando colgado en la pared, un bellissimo lienzo encuadrado en rico marco dorado, de cuyo fondo, hermosa y gentil sobre toda ponderación, se destacaba la imagen de santa Teresa de Jesús, encendido su rostro en seráficos ardores.

Ya era de creer que Lucila amaría no poco a la grande Heroína española, viendo a su retrato ocupar el lugar preferente en la sala; pero se hubiera uno convencido perfectamente de esto al observar cuán tiernas y cariñosas eran las miradas que de vez en cuando dirigía la bella y virtuosa joven a la que debía ser su celestial Patrona.

Empezó a recorrer con sus sonrosados dedos las teclas del piano, del cual sabía desprender armonías tan puras y celestes, que no parecían sino ecos escapados de lo íntimo de su alma.

Entre aquellos sonidos, luego comenzó a vibrar trémula y vibrante una voz: era la voz de Lucila que, dando cuerpo y color a los ardientes anhelos de su corazón, cantaba con santa Teresa de Jesús aquel *Vivo sin vivir en mí*, raptó sublime de la celestial Poetisa.

Aquella era la revelación de más altas y maravillosas armonías.

¡Que suavísimo y arrebatador concierto de sonidos, de voces, de sentimientos, de gracias y de virtudes!

Los Ángeles no podían mirar sino con embeleso aquel cuadro en donde mirábase al alma imperando en excelso trono y recibiendo los homenajes de la gracia, de la naturaleza y del arte, maravillosamente analizados.

Allí no tenía la virtud que ruborizase ante el realismo y desnudeces de ese arte corruptor que no sabe ni quiere deleitar sin ofender la modestia.

Allí era la poesía santa, santa era la música, como santo eran los sentimientos que, como el vapor del incienso, se elevaban de aquel corazón juvenil, que no podía ser también sino santo.

Si engrandecer el alma y elevar los sentimientos es el destino de las bellas artes, en ninguna parte como en el cuarto de Lucila se realizaba tan bello destino.

Apenas hubo cantado aquella estrofa bellísima que dice:

Aquella vida de arriba
Es la vida verdadera:
Hasta que esta vida muera
No se goza estando viva,

como si fuese movida de un recorte interior y poderoso, se levantó de su asiento, diciendo al mismo tiempo: “¡Dios mío! ¿Qué es lo que hago? ¡Durante esta noche se ofende mucho al Señor! Hagamos lo que hacia en ella mi amadísima santa Teresa.”

Y cogiendo en sus manos un libro de la mesa, se arrodilló en un reclinatorio que había en uno de los ángulos del aposento.

Pero ¿qué es lo que se proponía hacer allí Lucila?

Sí, digámoslo muy fuerte, aunque haya de reírse por ello ese mundo que tanto se enloquece durante estos días.

Lucila, como todas las almas del mismo temple, estaba orando por el mismo mundo. Elevándose con aéreo vuelo su espíritu de la tierra, creíase ya habitar entre los coros de los Ángeles, en presencias de Dios, y vivir ya como ellos la vida de los cielos.

Acariciada por el misterioso arrullo de las alas los Angeles, que en derredor estaban, el alma de Lucila amaba, gemía, cantaba, gozaba...

Contemplaba con fe, acataba con la humanidad, buscaba con el deseo, gozaba con la caridad.

Gozaba el secreto dulzor de esas noches esperadas por los amadores de Dios, y las delicias interiores del sueño que ellos duermen.

El alma de Lucila arrollábase como dentro de sí misma, y empezaba a dormir aquel sueño velador, al cual se refería la Esposa de los Cánticos cuando decía: “Yo duermo, y vela mi corazón.”

Sin duda que al verla en sus divinos brazos adormecida, el divino Esposo le guardaría el sueño y mandaría que nadie se atreviese a despertarla, diciendo:

“Conjúroos, hijas de Jerusalén, por los gamos y por los ciervos de los campos, que no despertéis a mi Amada hasta que ella quiera despertar.”

¡Ah, sí! Dejamos al alma de Lucila abrevarse en el torrente de delicias que se desprende impetuoso desde la montaña de la oración.

Allí se enardece su corazón de celestiales llamas, allí cobra superiores e invencibles fuerzas su alma, renuévase allí todo su ser, y allí finalmente está ofreciendo al Señor un sacrificio de justicia y alabanza.

Dejémosla, pues, por ahora: no la despertemos de su sueño de vida.

J. A. y A.

(Se continuará).

LETRILLA

DE NUESTRA GLORIOSA MADRE SANTA TERESA DE JESUS

Nada te turbe,
nada te espante,
todo se pasa;
Dios no se muda:
la paciencia
todo lo alcanza:
quien a Dios tiene
nada le falta;
sólo Dios basta.

GLOSA.

Del triste mundo
entre los ayes,
de las pasiones
en el combate,
tranquila escucha
ese eco amante,
iris que ahuyenta
las tempestades
y aliento infunde
incontrastable.
*Nada te turbe,
nada te espante.*

Veloz el tiempo
todo lo arrastra
en su carrera
precipitada:
goces y penas,
nombres y hazañas,
todo sucumbe
ante su marcha.
Pues huye todo
cual sombra vana,
nada te ocupe,
todo se pasa.

Deja al esclavo
de la fortuna,
de sus vaivenes
siempre en la lucha,
llorar el fruto
de su locura.
Alza tú el vuelo
a las alturas,
que allí la dicha
siempre es suegra,
pues, solo estable,
Dios no se muda.

Si el infortunio
duro descarga,
si nuevos golpes
cruel te prepara,
si entre enemigos
tímida avanzas,
no retrocedas
no temas nada:
pon en el cielo
tu confianza,
que *la paciencia*
todo los alcanza.

Deja que bramen
negras borrascas,
porque es la tierra
del llanto patria.
Si entre sus sombras
abandonada,
de humano apoyo
gimes privada,
oye a Teresa
que amante exclama:
Quien a Dios tiene
nada le falta.

Busque el mundano
dicha soñadas,
que a un noble amante
sólo Dios basta,
y en los consuelos,
y en la desgracia,
y en todo tiempo
sólo Dios basta.
Y en el destierro,
y allá en la patria,
y eternamente
sólo Dios basta.

RESVISTA DE LOS INTERESES DE SANTA TERESA DE JESÚS.

Valladolid.- Un año hace que, con la aprobación y beneplácito del ilustrísimo señor Arzobispo, se fundó en esta ciudad la Archicofradía teresiana, y hoy debemos decir a nuestros lectores, pues así se nos comunica de dicho punto, que va aumentando y creciendo el número de asociados, y que se obsequia a Jesús de Teresa y a Teresa de Jesús con grandísimo fervor y entusiasmo. La santa Madre derrame sobre estas sus Hijas copiosas bendiciones y haga sean dignas imitadoras de sus virtudes.

Salamanca.- Al tiempo debido se celebró la fiesta de nuestra seráfica Madre; las funciones que se le consagraron por espacio de nueve días nada dejaron que desear, ya por la concurrencia en las mismas, ya por los diversos actos en que estaban distribuidas, ya por la devoción y fervor observados. En el día de la fiesta, entre otras fundaciones, se celebró procesión por el paseo llamado de las *Carmelitas*, siendo llevada por cuatro seminaristas, vestidos con su traje peculiar, la imagen de la Santa; los ilustres señores Deán, Provisor y Gobernador eclesiástico llevaban el estandarte; acompañaban la procesión, que presidía el señor Arcediano, multitud de cirios y la música de la ciudad.

Igualada.- Tenemos a la vista la relación de los cultos con que las Hijas de María Inmaculada y Teresa de Jesús obsequiaron a su santa Madre: después de un devoto novenario, que se celebraba a las cinco de la mañana, llegó el día de la fiesta. En este día hubo muy concurrida Comunión general, y se celebraron brillantísimas funciones; el presbítero D. Miguel Oñoz, con la elocuencia que le distingue, manifestó que santa Teresa de Jesús es el honor del pueblo español. El altar, adornado por las pastorcillas del Rebañito del Niño Jesús, nada dejaba que desear en su elegancia y buen gusto.

Alcoy.- En la iglesia del convento de las reverendas Madres Agustinas, fundación del beato Juan de Ribera, entusiasta admirador de la Santa de nuestro corazón, celebraron las Jóvenes católicas un solemnísimo novenario con exposición todas las noches y con grandísima

concurriencia. El día de la santa seráfica Doctora se celebró con Misa de Comuni3n por la mañana, luego Misa solemne con serm3n, por la tarde finalizó el novenario.

Burgos.- Bendiciendo al Señor, podemos comunicar a nuestros lectores que, despu3s de transcurridos m3s de cuarenta años, se han reanudado las funciones a la gran virgen y Madre Teresa de Jes3s en el convento de sus esclarecidos hijos los Padres Descalzos, siendo ella obsequiada con grandísima pompa por estos sus hijos, vistiendo ya el santo habito carmelitano; en la procesi3n, en extremo lucida y devota que se celebró, acompañaban a la imagen de la Santa unos veinte y dos religiosos, luciendo su capilla blanca. Tambi3n las reverendas Madres Carmelitas tributaron en su convento, fundaci3n de la Santa, singularísima y muy devotos cultos a la misma.

Cinctorres.- Con ocasi3n de comunicarnos lo animosas y enfervorizadas que se hallan esas Jóvenes cat3licas y decimos los sacrificios que a porfía hacen con el fin de poder costear la imagen de santa Teresa, nos dan relaci3n de los cultos con que honraron a la purísima Reina de cielo y tierra, la sin para María; la falta de espacio sólo nos permite el decir que las funciones fueron brillantísimas, la concurrencia muy numerosa, especialmente a la sagrada Comuni3n, y el fervor y entusiasmo muy distinguido.

Tortosa.- Las niñas que componen el Rebañito del Niño Jes3s han tributado a su divino Pastor un triduo muy solemne: los tres días se expuso Su Divina Majestad, que era velada por las mismas niñas, se rezó la Coronilla de desagravios, se hizo el cuarto de hora de oraci3n, y los Rdos. Don Enrique de Ossó, D. Juan Bautista Altés y D Agustín Paulí les dirigieron la divina palabra; no faltó canto, ni armonium, ni profusi3n de luces y de flores, así como tampoco fervor y entusiasmo en las ovejitas o niñas del Rebañito.

¡Y qué consolador es ver a Jes3s sacramentado, que mientras es blasfemado o cuando menos tratado con indiferencia por almas de quienes debía ser obsequiado grandemente, es horado por corazones inocentes y que menos debían hacerlo atendida su corta edad y su condici3n juguetona y revoltosa! ¡Y qué gracioso está Jes3s coronado con la corona de estas flores no marchitas aún por el vendaval de la culpa! Bien sé que no faltará quien esto critique, hasta quien llegue a mirar con desdén y desprecio esta sencilla, pero grande instituci3n; mas ¡pobrecito! ¿ignora tal vez que estas eran las almas predilectas de Cristo Jes3s? Entre ellas tenia sus complacencias, y maldecía al que las escandalizaba. *¡Ay de aquel que escandalice a uno de estos pequeñuelos!* Grande es, pues, aquella instituci3n, aunque aparezca sencilla y de ningún valor para algunos, cuyo objeto es secundar las miras del mismo Dios, preservar del pecado a estos corazones inocentes, apartarlos de los escándalos del mundo. ¡Cuántas niñas, sin el Rebañito del Niño Jes3s, serían ya pecadoras! ¡Cuántas, sin el cuartito de hora que hacen y las sencillas exhortaciones que oyen en el Rebañito, llegarían a la edad adulta o pasarían su vida sin conocer a Cristo Jes3s, a quien ahora conocen, sirven y aman de modo que complacen a Dios, admiran a los Ángeles y acusan la criminal indiferencia de los hombres! Oren, pues, y trabajen los corazones teresianos para hacer que aumenten los Rebañito del Niño Jes3s, ciertos de que cuando hagan con una de estas niñas lo hacen con Cristo Jes3s. *Todo lo que hacéis con uno de estos pequeñuelos conmigo lo hacéis.*

Mora de Ebro.- El Rebañito del Niño Jes3s obsequió con fervor y entusiasmo a su divinísimo Pastor; la funci3n estuvo brillantísima y grandemente concurrida; las niñas acudieron llenas de mayor gozo, y muchas de ellas gustosamente vestidas de pastoras; fue tiernísimo el acto de la adoraci3n del Niño Jes3s; mientras duró esta se esparcieron flores, y se cantaban, por un coro de niñas, diversos villanos.

Villalba.- Se nos comunica la instalaci3n del Rebañito del Niño Jes3s en este pueblo; las niñas recibieron gozosas la noticia, corrieron a alistarse y piden son con grande urgencia libritos para su cuartito de hora. Haga el buen Jes3s se nos vaya comunicando noticia tan consoladora de otros puntos.

HECHOS EDIFICANTES.

APRENDAN LAS ALMAS EGOISTAS.

No sin gran contentamiento espiritual y sin que dejen de bendecir a Dios, leerán los devotos teresianos, los admiradores de las multiplicadas maravillas que este Señor obra por medio de su Teresa, el voto o promesa hecho por un niño de corta edad.

En cierto punto en el que, para que Dios sea glorificado, debemos decir que la Archicofradía va a las mil maravillas, N., niño temeroso de Dios, y a quien agradan muy mucho las obras de piedad, tiempo ha que iba haciendo algún ahorrito con los ochavos que su buena madre le regalaba, hasta tanto que llegó a reunir la cantidad de cuarenta reales. Mas llegan para las teresianas los ejercicios espirituales, el buen niño asiste a todos sus actos con rigurosa puntualidad: digo mal, con grandísimo pesar, como graciosamente decía, dejó de asistir a uno, por no dispensársele la asistencia a la escuela. Dios, que se complace con los pequeños y gusta de tratar con los humildes, comunica una de sus santas inspiraciones al alma de este ángel; mas temiendo se le impida realizar lo que Dios de él exige, ora; mas no se contenta con esto, hace un voto... ¿Cuál?... el depositar sus cuarenta reales, su pequeño ahorro, en la colecta de la Archicofradía. El Señor escucha la plegaria del niño, acepta su voto, y le concede lo que pide. Mas inesperado pesar amarga su corazón; se le dice no le obliga, ni debe realizar su voto por faltarle la *aquiescencia* o permiso materno; pero, como no tiene barreras el amor de Dios, él se lo compone de modo que llega el día feliz en que con grandísimo gozo de su alma deposita en el plato petitorio de la Archicofradía sus cuarenta reales.

¡Ah! ¡qué lección la de este niño! ¡Cuántas privaciones sufriría por reunir este pequeño capital! ¡Cuántos proyectos tendría con él formados! Pero la voz de Dios vale más que sus proyectos tendría con él formados! Pero la voz de Dios vale más que sus proyectos, que su capital, y todo lo desprecia y sacrifica por seguirla. Aprendan las almas egoístas que van regateando los sacrificios a su Dios: gustosas le dan y sacrifican lo que su corazón tiene de sobra; pero ¡ah! ¡cuánto les cuesta y qué amargo es sacrificarle aquello a que se sienten algún tanto aficionadas! Me permitiré concluir este hecho de grandísima edificación, recordándolas aquellas palabras de los Libros santos: *el reino de los cielos padece violencia*, y fuerza es nos la hagamos si en él queremos reinar; y las Hijas de la gran Teresa, sobre todo las que titubean en corresponder al dulce llamamiento de su Dios y consagrarle los pequeños sacrificios que las exige, permitan las diga con la santa Madre: *Todo se pasa, sólo Dios basta*. Dejémoslo todo, y todo lo hallaremos en Cristo Jesús.

A. P.

CRÓNICA NACIONAL

Después de prolongados trabajos y repetidas excavaciones hechas en la catedral de Santiago, han sido encontrados los preciosos restos del *Hijo del Trueno*, del grande Apóstol, nuestro Patrón Santiago. El pueblo santiagués está de enhorabuena, y debe asimismo estarlo todo el pueblo español, ya está de enhorabuena, y debe asimismo estarlo todo el pueblo español, ya que podrá ir a depositar su plegaria sobre la tumba de su santo Apóstol, besa sus restos sagrados y admirar lo huesos benditos de aquel que esgrimió su espada contra las huestes agarenas que oprimían a nuestra patria. ¡Gloria al bendito Apóstol! que parece quiere verlas ahora más cerca de sus hijos! ¡Gloria también a Dios que nos concede el postrarnos ante la tumba de su querido Discípulo.

— El distinguido gremio de labradores de Tortosa, que a pesar de la impiedad de nuestros tiempos ha sabido levantar muy alto y mantener muy firme el estandarte del amor a su Dios y respeto y sumisión a su Iglesia legado por sus abuelos, acaba de celebrar un solemnísimos Triduo de rogativas por el Padre Santo León XIII, como señal de agradecimiento por el rescripto que se dignó enviarles por dos de sus miembros que en representación del Gremio tomaron parte en la última romería. Las funciones estuvieron brillantísimas, estuvo expuesto Su Divina Majestad los tres días, predicó con la elocuencia que le es característica el muy ilustre señor Arcediano de esta catedral, tomando por base de sus brillantísimos discursos las palabras del rescripto, que dice: Estimando los sentimientos de vuestra fe,

devoción y obsequio en favor de la Sede Apostólica y de Roma Pontífice, damos la bendición apostólica a vosotros y a todos los miembros de la Sociedad llamada de San Antonio Abad.- LEÓN PAPA XII.”

– En Yecla se han establecido las Hermanas de los pobres.

– El ilustrísimo señor Obispo de Córdoba ha encabezado la suscripción para el Dinero de san Pedro con la cantidad de 6,000 reales.

– Se ha concedido permiso a las religiosas Hospitalarias para instalarse en Sevilla.

– El presbítero D. Manuel Camacho y Sánchez ha abjurado solemnemente en Sevilla los errores del protestantismo, volviendo arrepentido y contrito al seno de la Iglesia católica.

– Ha sido robada la iglesia de Santa María de Villaverde de Tracios (Santander), llevándose los ladrones, que penetraron en el templo taladrando una puerta, el copón con las Sagradas Formas, la cajita de plata para llevar la Comunión a los enfermos, unos ocho duros del cepillo de las ánimas y algunos fondos del Cabildo,. Sin éste son muchos los robos sacrílegos cometidos en pocos días, de que nos dan cuenta los periódicos.

– Hemos visto se está haciendo acopio de materiales para reanudar pronto las obras en la cerca del convento de las Madres Descalzas de Jesús (Tortosa). Con ocasión de dar esta grata noticia a nuestros lectores teresianos, les recordamos lo que se les ha dicho alguna vez, procuren colocar, aunque no sea más que una pequeña piedrecita en aquellas paredes benditas, esto es, hagan venir unas limosnitas. Dios se lo pagará, la santa Madre Teresa de Jesús les estará agradecida, y nunca les faltarán las oraciones de sus reverendas hijas.

CRONICA EXRANJERA.

EL Padre Santo León XIII recibió en audiencia solemne la *Pía- Unión de señoras católicas de Roma*. Las señoras, en número de dos mil, ocupaban la vasta galería de los Mapas. La marquesa. D^a Clara Antici-Matteci directora general de aquella piadosa institución, leyó un entusiasta mensaje, al que Su Santidad contestó con frases muy sentidas y elocuentes.

– La *Primaria Asociación católica artística y obrera de caridad reciproca en Roma* fue también recibida por el Sumo Pontífice en la galería de los Mapas. Unas mil quinientas personas, obreros en su mayor parte, se colocaron en dos compactas hileras a fin de rendir al Papa el humilde mensaje de devoción, amor y obediencia. El Padre Santos les dirigió su paternal palabra y les dio la apostólica bendición.

– El 20 de febrero es el día destinado para postrarse a los pies del Papa y manifestarle sus sentimientos de adhesión y veneración filial al mismo los representantes de la prensa católica de todo el mundo.

– El 28 de Enero falleció el eminentísimo señor Cardenal Antonucci, Obispo de Ancona. El eminentísimo Cardenal Antonio Benito Antonucci nacido en Subiaco el 17 de Septiembre de 1798, y fue creado Cardenal el 15 de Marzo de 1858. (R. I. P.)

– Su Santidad se ha dignado nombrar secretario de los Breves apostólicos al eminentísimo señor Cardenal Carafa de Traetto, Arzobispo de Benevento.

– Cuando maliciosamente se decía por algunos periódicos que el Papa condenaba la devoción a la santísima Virgen de la Saleta, el reverendo Obispo de Grenoble dirigió a *L' Univers* el siguiente telegrama: “Grenoble 1.º de Febrero, 3 y 40 de la tarde.- Un decreto de León XIII de 19 de Enero estimula la devoción de Nuestra Señora de la Saleta.

“El Padre Santo concede el título de Basílica menor a la iglesia del santuario y la coronación solemne de estatua aprobada por la Congregación de Rito.

“*El Mensajero de Tolosa* se ha engañado y Melania puede pedirle cuenta de lo que se ha permitido escribir.- AMANDO-JOSÉ, *Obispo de Grenoble.*”

— Según dice *L' Univers*, el Ilmo. Sr. Macía, Obispo de Loja en el Ecuador, desterrado de la república por el Gobierno revolucionario, ha recibido autorización para regresar a su diócesis.

— Una señora del gran mundo de París subió descalza el elevado cerro de nuestra Señora de la Guardia en Marsella, a fin de alcanzar por mediación de la santísima Virgen que un pariente suyo, apartado de Dios y cercano a la muerte, consintiera el reconciliarse con Él y recibir los santos Sacramentos. En la misma hora de esa heroica peregrinación el enfermo hacia llamar a un sacerdote.

COLEGIO DE LA COMPAÑIA DE SANTA TERESA DE JESÚS DE TORTOSA

Podemos participar ya a nuestros queridos lectores que en este mes ha adelantado bastante la obra del colegio, quedando colocada toda la madera del tejado, hecho los pisos y todo el tejado, y los dos extremos hechos también de ladrillos, como terrado, porque de esta suerte se evitaban mejor las goteras en tiempo de lluvia, y estará menos expuesta la madera a las inclemencias al tiempo. Si continúan las limosnas podremos continuar y acabar esta obra de celo, la que a pesar de no tener en construcción más que una mínima parte podrá albergar, tan luego esté concluida más de cincuenta educandas, y servir ya por poderse retirar a ejercicios las personas del sexo devoto que lo deseen.

No cesen los que tienen celo por estas obras que llevan el nombre de Teresa de Jesús y están destinadas a propagar su devoción, no cesen, repetimos, de continuar favoreciéndonos con sus oraciones y limosnas para poder cuanto antes terminar una de las obras que echan de celas en mayor extensión la honra de Jesús y su Teresa por medio del Apostolado de la oración, enseñanza y sacrificio.- E. De O.

RETIRO MENSUAL.- Día 15 de Febrero

MÁXIMA.- Lástima hacen los que siguen el mundo. (*Sta. Teresa de Jesús*)

VIRTUD.- Desprecio de los placeres mundanos.

REFLEXIONES.- En estos días de disipación y de muerte para el alma, en estos días en que el hombre parece se cree hasta en derecho de ofender a su Dios, bueno es y utilísimo meditar la vileza de los placeres del mundo, ya para despertar en el corazón odio eterno hacia ellos, ya afectuosa compasión hacia los que ciegos se entregan a estos placeres. ¿Qué es el placer?... ¡Ah! no otra cosa son los placeres mundanos sino el cebo con que el enemigo del alma oculta el anzuelo con el que la arrebatará del océano de las dulzuras del Señor, para arrojarla al cenagoso lago del infierno. Son los placeres como la guirnalda que cubre la cadena con que ata a sus esclavas; son como un ramillete que envuelve el puñal con que ingrato sacrifica a sus seguidores; son como copa de oro con la que brinda mortal veneno a sus amadores... ¡Ah! ¿y qué le queda al corazón después del placer?... amarga zozobra, terrible lucha, cruel remordimiento... *No hay paz para el impío, no hay paz para el hombre carnal, ni para el que ciego se entrega a las cosas del mundo...* inquietud continua. El corazón mundano nunca dice basta; es tal su condición que cuanto más se le da más pide, cual vil puerco que jamás llegan a saciarle las asquerosas mondaduras del placer... Es además el placer la venda que cubre sus ojos y le sume en la más negra oscuridad, y le precipita de abismo en abismo, y hace de él un objeto despreciable, inútil abominable a Dios y a los hombres... ¡Pobre pecador! *¡lástima dan los que siguen al mundo! en él todo es falso, en él todo es nada,* mejor, dolor son sus placeres, tristezas su alegría, carencia su abundancia, futilidad sus honores, amargura sus aplausos, infinito penar su gozo, eterna muerte su vida... ¡Malditos mundo! ¡Malditos sus placeres! ¿y es posible haya quien infeliz le siga?... No yo, Jesús mío; grandemente lo

aborrezco, séame el cielo testigo, renuncio al mundo y a sus encantos, renuncio a sus pompas y vanidades, y me abandono en los brazos de tu misericordia. ¡Quién me diera ser libertador de todos sus seguidores! ¡Pobrecitos hermanos míos, tantos como en estos días perecen entre sus garras!...

PRÁCTICA.- Desagraviar a Jesús tan vilmente agraviado en estos días, haciendo muchos actos de ofrecimiento a Jesús y de desprecio del mundo, y orar por los amadores de éste.

LA ESPAÑA DE SANTA TERESA DE JESÚS

SOCORRIENDO CON ORACIONES Y LIMOSNAS AL ROMANO PONTÍFICE CAUTIVO Y POBRE.

<i>Vilallonga</i> .- P. B. Y C. Santa Teresa de Jesús, libertad a León XIII.....	30 rs.
F.T. Por el esforzado León que ha de destroz todas la herejías modernas.....	4 “
D. de J. Santa Madre mía Teresa de Jesús, asistidnos ahora y en la hora de la hora de la muerte.....	2 “
D.M. Para que todos los Rebañito del Niño Jesús de España seamos los que más amemos a Jesús y a su Teresa.....	1 “
Total.....	<hr/> 162 rs.